

selo. Que abra sus labios respetuosos; que comulgue y que reciba, no á su lado, sino en el, en sí mismo, al consolador de todas sus penas, al Salvador de todos sus males, á su amigo, á su hermano, á su padre, á su Dios, á Jesucristo nuestro Señor! De esta manera, la sociedad tan íntima y tan amable de Jesús y de María, endulzará para el artesano, lo mismo que para José, los trabajos de esta vida, y mezclará los consuelos en las penas, y las alegrías con los trabajos y dolores. Solamente, y esto es lo que no debemos nunca olvidar, que las penas y dolores se pasan y huyen con prontitud maravillosa; se alejan y desaparecen á cada semana, á cada hora y á cada instante. Por el contrario, la felicidad es permanente y eterna; porque después de haber gozado algunos instantes en esta vida, de Jesús y de María, esperamos ser trasladados al cielo, en donde gozaremos de María y de Jesús por toda la eternidad!

## CAPITULO VIII.

**De cómo el glorioso Señor San José, es patrón de las almas entregadas á la oración.**

**Q**UICUMQUE enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (1) Es propio de los cristianos, ó mas bien de los hijos de Dios, el ser conducidos por su Espíritu.

Los cristianos regenerados por el nuevo nacimiento que han recibido en las aguas del santo Bautismo, se dirigen desde luego hacia un fin de sublimidad sin igual. Están en camino hacia la eterna bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva, sin intermedio y cara á cara de la Divina Magestad: y para producir acciones proporcionadas á la grandeza del destino que se les prepara, para disponerse desde ahora de una manera eficaz á la adquisición de esa recompensa inaudita, no podría bastarles el ejercitar las facultades humanas y naturales que han recibido de sus padres según la carne. A Dios es á quien pertenece ponerlos eficazmente en movimiento hacia el reino celestial, y esto es lo que cumple sin cesar en ellos por el don y la comunicación de su Espíritu, sin el cual

(1) Rom., VIII.

no podemos hacer nada que sea meritorio para el cielo. Este Espíritu lo sentimos venir á nosotros frecuentemente en medio de las diversas circunstancias de que se compone nuestra vida. No hay ninguna hora tan secreta, ningún retiro tan escondido que puedan ocultarnos á sus amistosas sollicitaciones. Jesús lo prometió á sus discípulos antes de dejarlos para subir á Dios su Padre. No os dejaré huérfanos, les decía. (1) Y cuando haya venido el Paráclito que os enviaré, el Espíritu de verdad que procede de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (2) Él os instruirá en todas las cosas y os hará acordaros de todas mis enseñanzas. (3) En verdad que esta promesa de nuestro Señor no ha sido vana, y muchas veces sentimos en nosotros su Espíritu que nos solicita á caminar generosamente sobre sus huellas. Muchas veces en medio de las ocupaciones que llenan nuestros días, nos apercibimos de que Jesús está en pie á la puerta de nuestro corazón, y que llama. (4) Es su Espíritu el que nos manifiesta su presencia, y nos advierte que sería tiempo de

- (1) Joan., XV.
- (2) Idem., XIV.
- (3) Apoc., III.
- (4) Apoc., III.

abrir y dejar entrar al Señor bajo este techo que es suyo.

Mas las almas que son ó que quieren ser verdaderamente piadosas, no se contentan con estas visitas multiplicadas con que el Espíritu de Jesucristo las favorece en medio de los diversos cuidados que las ocupan. Es verdad que sienten su acción, unas veces en las lecturas piadosas que la devoción les sugiere; otras, en las oraciones vocales que se hacen un deber de recitar; otras, asistiendo á la celebración de los santos Misterios; algunas veces también, hasta en las ocupaciones vulgares y puramente materiales, á las cuales es necesario entregarse frecuentemente. Mas á fin de escuchar mejor y oír mas distintamente esa voz delicada, que turban ó disminuyen los ruidos y las agitaciones de la tierra, las almas de quienes hablamos, toman cada día cierto tiempo para entregarse todas enteras á las sollicitaciones y á los movimientos del Espíritu Santo. Durante estos instantes de recogimiento mas completo y mas intenso, dejan toda ocupación exterior, se retiran dentro de sí mismas, y abren la puerta de su corazón para recibir el Espíritu Divino, si viene á pasar cerca de ellas y llama. Este tiempo sagrado, siempre reservado

cuidadosamente, es el tiempo de la oración.

¡La oración! ¡qué auxilio tan grande para desbaratar las astucias del enemigo de nuestras almas! ¡qué alimento para confortar nuestra debilidad! ¡qué consuelo para descansar de nuestras fatigas! Los santos Doctores no cesan de exaltarla con grandes alabanzas. Según San Juan Crisóstomo, el alma que deja la oración, no solamente está enferma, sino muerta: (1) según Rufino, todo el provecho que puede sacar una alma, le viene de la oración mental: (2) según Gersón, el que no medita, no puede, sin un milagro, vivir como conviene á un cristiano. (3) San Buenaventura enseña que la oración es un espejo que nos muestra todas las faltas de nuestra alma. San Luis Gonzaga decía que sin la oración es imposible llegar á un alto grado de virtud. (4) No debemos admirarnos de todos estos testimonios y de otros mil que sería fácil recoger, puesto que la oración de-

(1) Libr. 1 de orando Deo.

(2) In Psalm. XXXVI.

(3) De med. concil. 7.

(4) Estos Santos lo mismo que los tres autores precedentes; son citados por San Ligorio en la Verdadera Esposa de Jesucristo, cap. V.

be ser considerada como una de las vías principales por las cuales descende en nosotros el Espíritu de Dios.

Mas si la oración reúne tantas preciosas ventajas para la salvación de nuestras almas y para nuestro adelantamiento en la virtud, son muchas las dificultades y los peligros que la rodean.

A causa de su misma sublimidad y de su espiritualidad, es mas difícilmente accesible para aquellos que se han hecho carnales por la multiplicidad de sus pecados. El tratar con el Espíritu del Señor, no es una empresa siempre fácil; algunas veces son de temer las ilusiones. La presunción y el desaliento son dos abismos siempre abiertos para espantar nuestra debilidad: por otra parte, el tentador acostumbra atormentar más á las almas á quienes ve disponerse á marchar por este camino. Esfuézase en perjudicarlas, ó á lo menos, en retardarlas en sus progresos; porque sabe bien, que una sola alma de oración, hará mayor mal á su imperio que veinte almas vulgares, que aunque sean cristianas, pero están privadas de una arma tan poderosa. Bien sabe que las personas de oración acostumbran arrastrar consigo hacia el cielo otras muchas almas que participan de las lu-

ces y de las gracias que les dá el Espíritu Santo; así es que envíaes á los demonios mas hábiles para intimidarlas ó seducirlas.

¿Cómo pues, triunfaremos de esas diversas dificultades, aumentadas y multiplicadas por los esfuerzos del enemigo de toda salvación? ¿Quién nos abrirá las puertas de ese paraíso de la oración en el que Dios se comunica á nuestras almas, para regarlas con las aguas celestiales, para alumbrarlas con su luz y abrasarlas con su amor? ¿Quién nos librará de la esclavitud del Egipto en que nos detienen nuestros pecados y nuestras imperfecciones? ¿Quién nos guiará en el desierto y conocerá los caminos de esas amargas soledades que es preciso habitar á veces durante largo tiempo, antes de llegar al término deseado del viaje? ¿Quién sabrá desbaratar ó eludir todos los obstáculos, é introducirnos en fin en la tierra prometida de la oración en donde la leche y la miel divinas manan con tan dulce abundancia? Recurramos á la saludable protección de Señor San José, el Patrón de todas las almas que se ejercitan en la oración; y puesto que este glorioso Patriarca debe saber ciertamente todo lo que concierne á la oración, elijámosle por nuestro director y nuestro guía; y para exitar mas en

nosotros los sentimientos de plena confianza, consideremos desde luego entre otras muchas, una razón que prueba la grande experiencia de José en las celestiales ocupaciones de que se compone la oración.

José había recibido de Dios la misión de conducir sobre la tierra á Jesucristo su Hijo único. Mas ¿cuál no debía ser la inexplicable perfección de esta maravillosa dirección!

Era absolutamente necesario que nuestro Señor no diese ningún *paso en falso* aun en las acciones menos importantes de su vida. Sólo el pecado es la causa de esa multitud innumerable de errores mas ó menos involuntarios que llenan la mayor parte de nuestra vida. Si Adán hubiese perseverado en el estado de justicia original, no se habría extraviado por falta de luz en el camino de la virtud. Mas ¿cuánto mas necesario sin comparación era que Jesucristo, la Sabiduría eterna, Jesucristo, el Reparador de la falta de Adán, fuese durante toda su vida, enteramente exento de error? Necesitaba pues, José, todas las luces necesarias para conocer las voluntades de Dios sobre Jesucristo, y para *dirigir* á cada instante á nuestro Señor según los designios de la Divina Magestad.

Es verdad que si José se hubiese engaña-

do, Jesucristo, lleno de la ciencia divina, podía rectificar el mandato de su Padre terreno, ó también, no obedecer al hombre cuando su voz fuese contraria á los preceptos del Padre celestial, cuyo lugar ocupaba Señor San José. Mas ¡qué espantoso desorden se habría producido entonces en la Santa Familia, la obra mas armoniosamente dispuesta que haya salido jamás de las sabias manos del Creador!

Pues qué, ¿José habría mandado, y Jesús habría rehusado obedecer, autorizando así por su ejemplo todas las rebeliones futuras de los hijos contra sus padres, de los súbditos contra sus príncipes, de los incrédulos contra la Iglesia, y de los hombres contra Dios? O bien, ¿José habría hablado, dando á su voz el tono que conviene á la autoridad paternal, y Jesucristo, por un odioso trastorno en toda la legislación doméstica, habría tomado entre sus manos este precepto tremendo para hacer ver la ignorancia y la mala dirección de él? Sin duda que Dios no quiso nunca establecer en Nazaret, en esa casa de paz, unos desórdenes tan semejantes á los que el pecado produce todos los días entre los hombres; y puesto que Jesucristo obedecía siempre sin resistencia, y no obstante sin error, preciso

era que las órdenes de José fuesen siempre conformes á la santa voluntad de Dios sobre Jesucristo su Hijo único.

Mas ¿dónde iba á buscar el glorioso Patriarca esa luz que le manifestaba tan poderosamente el secreto de las deliberaciones divinas, y que le conducía tan rectamente, que jamás cayese en el mas ligero error? ¿Bastábale para cumplir á cada instante esa grande obra, el consultar las claridades inciertas de los sentidos ó de la imaginación? ¿Bastábale considerar *humanamente* los motivos de su conducta, pesar uno y otro partido, y decidirse como un hombre, por las reflexiones y los argumentos de su razón? Mas ¿cómo habría podido la razón, aun la mas luminosa, comprender los designios insondables de Dios, respecto á la conducta y á la educación del Redentor de todos los hombres? ¿Cómo habría podido saber, ni aun de lejos, lo que convenía para la dirección del Hijo de Dios?

Vemos que cuando ya se trata de la dirección espiritual de las almas santas, la prudencia puramente *humana* es del todo insuficiente. No basta ser lo que se llama *un sabio* en la ciencia de los hombres; para la dirección de las almas elevadas en santidad, debe tener el *director* las virtudes que hacen á los

santos: debe estar en continua comunicación con Dios por la oración; debe ejercitarse valientemente en ella, para sacar de allí las luces que le son indispensables, y que la teología, la reflexión y los otros medios análogos no son suficientes á darle. Mas si se trata de la dirección incesante del mismo Jesucristo, de Jesucristo, el principio de toda santidad y el consumidor de todos los santos, ¡cuán incomparablemente mas necesaria sería esta asistencia de la luz divina para evitar las ignorancias, los falsos pasos y los errores! No hay duda que José debía ser un hombre de oración eminentísima, y debía comunicar con Dios sin interrupción de la manera mas santa y mas íntima, á fin de recibir primeramente de su boca todas las órdenes y todos los consejos que tenía por función que transmitir á Jesucristo.

En el Antiguo Testamento vemos los hechos ilustres que parecen confirmar estas verdades, por otra parte tan ciertas. Consideremos un instante el personaje augusto de Moisés, el mas grande Profeta y el mas grande legislador que la tierra haya contemplado durante los cuarenta siglos que precedieron á la venida del Hijo de Dios.

Moisés desempeñó un doble papel cerca de

los hebreos. Ante todo, los libra de la dura esclavitud del Egipto bajo la cual gemía toda la posteridad de Jacob hacia cuatrocientos años: triunfa de todas las resistencias de Faraón; lleva consigo á sus hermanos al desierto, y los liberta para siempre haciendo que vuelvan á caer sobre el ejército de los egipcios las olas levantadas del mar rojo. En segundo lugar, Moisés organiza toda la legislación religiosa, civil, militar y criminal, que debe regir al pueblo israelita, hasta los días mas dichosos que ilustrará el Mesías: arregla todo lo que conviene al hombre, la familia y la nación, en sus relaciones con los hebreos, con los extranjeros, con los esclavos, con los superiores, con los sacerdotes y con Dios. Esta doble empresa circunda de una gloria admirable la gran figura de Moisés; y la libertad del Egipto, así como la legislación de los judíos, no debe ser superada ni aun igualada hasta que venga Aquel que nos rescata por su sangre de una esclavitud mas terrible, y que termina el reinado de la ley mosaica para reemplazarla por la ley mas perfecta del amor.

Entre tanto, para cumplir las grandes obras que Dios quiere ejecutar por sus manos, ¿cuáles son las armas de Moisés? ¿á qué fuente va

á sacar esa luz, sin la cual sus esfuerzos permanecerían sin resultado? ¿Será en la ciencia humana, ó en el prestigio de una imaginación brillante, ó de una elocuencia impetuosa á donde irá á buscar Moisés el secreto de mover todo ese gran pueblo, y de organizarlo en todas sus partes, siguiendo un plan magnífico, digna figura de la protección que conviene á los tiempos cristianos? Sin duda que nó. En la *comunicación constante* con Dios, es donde el gran libertador y legislador de los hebreos encuentra su dirección y su luz.

Desde el primer día de su maravillosa vocación, se digna el Señor instruirle y hablarle en medio de las llamas de esa zarza que ardía sin consumirse. Cada una de las medidas necesarias para vencer el orgullo y la dureza de Faraón es dictada por el mismo Dios; Moisés no hace nada por su voluntad propia; sino que sigue en todo la orden de Dios. En el desierto, lo mismo que al pie del Sinaí, y en la cima de la santa montaña, Dios habla sin cesar á Moisés para darle á conocer sus deseos y sus preceptos; y los tres libros del *Éxodo*, del *Levitico* y de los *Números*, están llenos todos de esta frase que se repite á cada instante: «*Locutusque est Dominus ad Moysen, dicens*: El Señor dirigió la

palabra á Moisés y le dijo. . . .» Sólo Moisés es admitido sobre la cumbre del Sinaí; en donde separado del resto de los hombres y de toda criatura, pasa cuarenta días y cuarenta noches cerca de Dios; Moisés á cada instante penetra en el sagrado Tabernáculo; y las comunicaciones que allí recibe son tan divinas, que el pueblo de Israel no puede soportar el brillante esplendor que se escapa de su semblante. Moisés se atreve á presentar á Dios las súplicas mas tiernas, á interceder por todo el pueblo culpable, á discutir con su Señor las condiciones de la indulgencia, y á pedir para sí el favor inefable de una visión maravillosa que le mostrará la faz y la gloria de su Señor. (1) Su petición es escuchada, (2) á lo menos, en cuanto lo permite la fragilidad del hombre durante esta vida corruptible; y la Escritura parece reasumir toda la carrera de este gran Profeta, cuando dice «que el Señor hablaba á Moisés cara á cara, como acostumbra hacerlo el hombre que conversa con el que ha escogido por su amigo. (3)

(1) Exod., XXXIII.

(2) Exod., XXXIV.

(3) Loquebatur autem Dominus ad Moysen facie ad faciem, sicut solet loqui homo ad amicum suum.

Ahora bien, ¿qué era todo el pueblo de Israel si le comparamos á ese Cristo, que según San Pablo, es *el fin de la ley judía*? (1) Comparada al pueblo cristiano, la nación judía es una *esclava* que debe ser arrojada de la casa conyugal, para dar lugar como es justo á la *esposa* legítima. (2) ¿Qué vienen á ser, pues, todos los israelitas juntos, en presencia de este Jesucristo, cuya admirable Majestad excede inmensamente ella sola á todo el conjunto de las gracias y glorias de que están enriquecidos todos los cristianos? Y si Moisés, para dirigir al pueblo hebreo, debía recibir incesantemente la luz de las comunicaciones divinas, ¿qué debemos pensar de Señor San José, encargado muy especialmente por el Señor, de gobernar y conducir á Jesucristo, sin incertidumbre y sin error?

No hay duda que Dios Padre debía hablar con José *cara á cara*, y como *el amigo cuando habla á su amigo*; y puesto que en la oración mental es en donde Dios se comunica á nuestras almas, por el don de su espíritu, el glorioso San José debía ser universalmente instruido en los secretos de la oración. En este

(1) Rom., X.

(2) Gal., IV.

santo ejercicio es en donde iba á buscar la solución de todas sus dudas; allí es donde iba á sacar la ciencia de las voluntades del Señor sobre la Persona de Jesucristo su Hijo único; allí es donde Dios le manifestaba sus deseos ó sus órdenes, diciéndole como á Moisés, y mejor que á Moisés: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*: (1) Mira, y obra según el ejemplar que te he mostrado en esta alta montaña de la oración, sobre la cual te elevo por mi gracia. No se nos ha manifestado la historia detallada de la dirección de Jesucristo por Señor San José. Mas en verdad, si los escritores sagrados nos hubiesen dejado en sus libros mas poderosamente inspirados que los de la antigua alianza, la relación de las *órdenes* de Señor San José, podríamos leer á cada página de esta divina historia, palabras semejantes á las que leemos en el *Éxodo*, en el *Levítico* y en los *Números*. El Señor dirigió la palabra á José y le dijo: *Locutusque est Dominus ad Joseph, dicens . . .*

Por lo demás, toda la vida del Santo Patriarca favorecía singularmente esas incesantes comunicaciones de la gracia, y todas

(1) Exod., XXV.